

ZBD # 9

Andrea Inglese (poesías)

Textos recibidos el 24/10/2016, aceptados el 24/10/2016 y publicados el 30/01/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Andrea Inglese (1967) vive en París. Es escritor. Ha sido docente de filosofía en la Escuela Secundaria y ha enseñado durante años literatura y lengua italiana en la Universidad París III. Ha publicado un estudio de teoría de la novela, *L'eroe segreto. Il personaggio nella modernità dalla confessione al solipsismo* (2003) y la recopilación de ensayos *La confusione è ancella della menzogna* para la editorial digital Quintadicovertina (2012). Ha escrito ensayos de teoría y crítica literaria, dos libros de prosa y siete títulos de poesía, el último de los cuales, *Lettere alla Reinserzione Culturale del Disoccupato*, se ha publicado en edición italiana (Italic Pequod, 2013), francesa (NOUS, 2013) e inglesa (Patrician Press, 2017). En 2016 Ponde alle Grazie publicó su primera novela, *Parigi è un desiderio*. Ha editado la antología del poeta francés Jean-Jacques Viton, *Il commento definitivo. Poesie 1984-2008* (Metauro,

2009). Es miembro fundador del blog literario *Nazione Indiana*. Pertenece al consejo de redacción de "alfabeta2". Es editor del proyecto *Descrizione del mondo* (www.descrizonedelmondo.it), una instalación colectiva de textos, sonidos e imágenes. Los siguientes poemas han aparecido en *Lettere alla Reinserzione Culturale del Disoccupato* (Italic Pequod, Ancona 2013). El libro consta de dos secciones. Los primeros siete textos están extraídos de *Lettere alla Reinserzione Culturale del Disoccupato* (primera sección) y los tres textos en prosa son de *Le circostanze della frase* (segunda sección).

Desaprendemos constantemente a hacer poesía, afortunadamente sabemos (más) cómo hacerla, (todavía) tenemos que probar, partiendo de la única cosa que se nos resiste, una cosa, cualquiera, que nos sea cercana o lejana, basta con que esté en el mundo, y hará falta decirlo, con esas otras cosas, las palabras, que también son suficientemente (todavía) extrañas, en el mundo. Y las imágenes también, hemos desaprendido a mirarlas, son (todavía) poco transparentes, esta penumbra de las imágenes, su opacidad, y su hermandad con las cosas. Si una poesía cualquiera empieza o empezará (todavía), provendrá del mundo.

1.

Querida Reinserción Cultural del Parado:

que yo esté enfermo, que yo haya estado alguna vez enfermo o que pueda desde tu punta de vista o el mío propio, llevando puesto lo que llevo (unos zapatos negros con cordones)

enfermarme,

considero que es de la más sólida imposibilidad.

Y sin embargo existo,

en esta distraída salud, de nuevo otra vez,
dando fe de mis pantorrillas,
de los dos talones, de las uñas que crecen,
yo existo: como el polvo, los ungüentos, los armarios
que se hacen pedazos y se queman, las tapas de latón
que se lanzan al aire.

De esta existencia te podría hablar,
de su vaguedad,
pero hoy no me siento capaz, así no,

no con esta distancia
que de nuevo
sin sonrisa
pones entre tú y yo.

2.

Querida Reinserción Cultural del Parado:

Yo tendría interés en que el trabajo
cuando consiguiera encontrarlo
(entrando de pronto con la hoja
de periódico doblada
mágicamente bajo el brazo
y las palabras del anuncio
todas resaltadas, azules)

yo querría que el propio trabajo
me encontrara a mí
y en la más ágil y audaz de las posiciones
en una rapidez espontánea
completamente sincera

yo tendría interés en que el trabajo
una vez encontrado
encontrara a mi alrededor
lo que no puede faltar
alrededor del trabajo: una mujer
-por ejemplo- bastante joven
con la que yo podría obligarme a hablar

si yo fuera capaz
de encontrar una mujer para hablar
para obligarme hasta donde las palabras
puedan confundirnos -a ella y a mí-
más allá de todo el trabajo

de tal modo que el trabajo
sea por las palabras interrumpido
trabajando hasta cesar para poder
solo hablar
más allá de todo el trabajo posible
y más allá del sueño, la comida, el dinero
hasta las palabras que seré capaz de decir
a ella solamente -a la mujer bastante joven-
en este descubrimiento del lenguaje

tras el trabajo habrá un lenguaje
a través del cual el trabajo mismo
ya no será reconocible
y nosotros no estaremos destruidos, sino más guapos

más confundidos el uno en la otra
como los últimos hablantes

4.

Querida Reinserción Cultural del Parado:

Mis relaciones sociales existen

puedo estar tranquilo
cuando me veo considerándolas
en su conjunto, todas ellas
sin ni siquiera sopesarlas de cerca

las relaciones -me digo- existen
y esto es suficiente: un pensamiento
(el conjunto de mis relaciones sociales
existentes) y me invade
un sentimiento de tranquilidad

y no las cuento ni quiero
considerarlas con excesiva
precisión –desde un aspecto global
así es suficiente: son relaciones de sociedad
tan evidentes que existen
todas ellas juntas
para mi tranquilidad

cuando me muevo con medios
de transporte público de alta velocidad o en coches
conducidos por particulares incluso lanzados con fuerza
a lo largo de líneas rectas de autovía por encima
de blandas alfombras de nubes volando
incluso sin abrir la boca mirando
ausente fuera del ojo de buey mis
relaciones sociales perduran intactas
como si el movimiento, el silencio
la total ausencia de intenciones o recuerdos
no pudieran manchar de ningún modo
su superficie global, como si
ellas vivieran su existencia
completamente fuera de mí
en total autonomía sin necesidad
de mi pequeña agitación en el medio
para existir

7.

Querida Reinserción Cultural del Parado:

El estar mal, para mí, nunca ha sido un problema.
 Cuando hay que estar mal, soy capaz de hacerlo,
 de estar mal mucho tiempo, ininterrumpidamente, sin
 reservas. En Buenos Aires, una ciudad fría,
 estuve mal más de un año, con alguna
 breve interrupción al anochecer, y tras la cena, venga,
 se recuperaba. (Y en el puerto, o en el restaurante

sentado solo a la mesa, aprendiéndome de memoria
 la breve frase de mi pedido: «lenguado
 en salsa de cebollas rojas con arroz blanco».)

Lo difícil es lo físico. Tener
 algo de físico. Tú lo sabes,

las tormentas morales se pueden prolongar,
 diversificar, acelerar según plazca.

Pero una pierna, uno no se la rompe todos los días.
 Hace años que no me rompo una pierna.
 Subo, bajo, me meto en los sitios más imprevistos,
 en algunos callejones, nada que hacer.

En todo un trabajo. Todo un trabajo distinto.

Pero también quería decirte:

la película que me has mandado ver,
 o que creí que me habías mandado ver,
 no tiene una escena final.

Esto puede ser un mensaje.

¿Puede serlo? Digo,

¿para ambos?

Y sobre todo: ¿somos unos “ambos”?

8.

Querida Reinserción Cultural del Parado:

Si tú me abandonararas ahora,
no sabría calcular el daño,
y no sucedería nada.

Si yo, en cambio,
me abandonara,

ninguno de nosotros se percataría
de qué ha cambiado, de cómo crecen
fértiles mis razonamientos,
de por qué yo aún te escribo
como para mendigar,
prisionero de mis curaciones.

Me he curado demasiado, no hago otra cosa
que seguir, según tú, curándome:

es por medio de esta comprensión creciente
dada por el rebote
de mis razonamientos
contra tu
ecuánime discreción.

(Esta inútil curación de las mujeres,
de las bebidas en progresión geométrica,
del dinero, del no tener ya dinero,
del no poder reparar, comprar,
romper ropa, bañera, suelos,
y cuanto más me curo, más pasan los años,
con esta acumulación de curaciones
que me lacera con solo mirar
una fecha, con mirarme al espejo.)

Y si levanto una cuchara o un vaso
es para recordarme que existe el equilibrio.
El estar confundido, el desfallecer,
no significa ignorar el equilibrio.

(La cuchara no se ha caído, ni siquiera se ha

visto, yo equilibrado, las manos
en los bolsillos, tumbado durante horas en la cama.)

9.

Querida Reinserción Cultural del Parado:

Te he mentido, no he estado nunca
en Buenos Aires.

No soportaría, por otra parte,
una ciudad donde alguien ha sufrido durante mucho tiempo inútilmente
por amor, por seguir esperando, elaborando
una historia paralela que le favoreciera, como un calmante
empleándose en los detalles, como un literato profesional,
y quizá la literatura nace así, toda la ficción que inunda el mundo,
ha nacido para reparar la angustia del amor, y preparar
la tortura de esa cita concedida
tras largas súplicas
y que será aniquilada,
porque incluso caminando de aquí para allá,
incluso teniendo la vista fija en los edificios,
incluso sorbiendo como un moribundo
una taza de té,
la persona no llega, no ha llegado y no llegará,
no es posible escuchar su voz,
no es posible reconocer su abrigo,
no es posible nada.

Uno se ha quedado dentro de una persona
como enterrado vivo y no se puede salir,
se piensan todas las estrategias, se imaginan
planes, pillerías, horrores, golpes de fuerza,
novelas enteras, con tanto saber especializado,
tablas y estimaciones, descripción de los instrumentos
y de los mecanismos, una autoafirmación
extraordinaria, y vana,
que puede durar años. Un saber variado,
multidisciplinar,
que no mueve ni un milímetro
una piedrecilla de tierra.

14.

Querida Reinserción Cultural del Parado:

Si tú y yo lo quisiéramos,
incluso con nuestras fuerzas, solos, pero juntos
realmente juntos
podríamos abrir:

-lo digo en serio-

conoces bien qué nos rodea
que me incumbe a mí, de manera persecutoria,
casi todos los días, pero también a ti,
tu sumisión, es cierto, pintada
con prudencia institucional, con coherencia,
quizá con doctrina.

Y sin embargo bastaría poco, incluso contando
solo con nuestras fuerzas, un lugar apto
se encontraría fácilmente (techo alto,
paredes que pintar) e incluso,
si sirvieran, los preparativos,
abriríamos a todos, pero de modo imprevisto,
saltándonos las presentaciones, los anuncios,
la colecta preliminar de los fieles, y de los fondos,
incluso porque

sin doctrina alguna

podríamos tener todos los fondos

casi sin fuerzas, así solos, juntos

podríamos tener márgenes de maniobra muy amplios

pero sin la obstinación, esa nostalgia,
o la cara triste de la nube de los detalles.

Al menos una vez
querer seguir el plan, estar tú
agarrada al documento, a la línea,
incapaz de hacer otra cosa
que asentir y seguir como en el cine
las cosas como van
(toda cerrada, tú, y todos los demás
en ese tren de imágenes).

YA NO ESTÁ SUCEDIENDO NADA MÁS, no sucede nada, nunca ha sucedido nada, desde hace millones de años no sucede en mi cabeza absolutamente nada, nunca podrá suceder, ya sea dentro o fuera de mi cabeza, ya sea sobre mi cabeza, como una corona de polen, nube, amonestación desmesurada, e incluso alrededor, bajo mi cabeza, entre los pies, como ramita, abdomen de avispa, tapón rayado, ni siquiera bajo los pies sucede nada, todavía nada, en los osarios, en los estratos, en la oscuridad mineral, durante un montón de tiempo no sucederá nada, nada de lo que se pueda decir que ha sucedido, ha sucedido algo, algo estúpido, una nimiedad, una nimiedad pequeña, incluso la mitad, incluso nada, por error, aunque fuera por error no sucederá nunca, en los periódicos, cada día, lo admiten dentro y fuera de las líneas, en los laboratorios lo confirman, en medio de la masacre, si te inclinas sobre ese, dado la vuelta, con la cara ahumada, al que estás a punto de sacar el corazón, incluso él te lo susurrará, a pesar de nuestra profesional destrucción, dice, ni siquiera bajo las bombas pasa mucho más que nada.

NO PIENSO POR AHORA EN EL FIN DEL MUNDO, no hablaré de ello ahora, no enseguida, que de todos modos llegará, de hecho llega, pero remotísimo, con estallidos violentos en ciertas profundidades, o el milímetro, ese milímetro de más o de menos, de agua, uranio o hielo, anhídrido, o cualquier otra cosa, que cambia todo, anula infaliblemente el bosque, pulveriza el sistema nervioso, destruye ojos, alas, larvas, o como el placer de la luz, si faltara el placer de la luz, de cuando entra transversal, en ondas ininterrumpidas, por la mañana, también por la ventana cuadrada y pequeña del baño, si faltara esa reacción animal, o simplemente de hoja, ese tránsito vegetal al calor, pero no pienso, por ahora, en la epidemia, en la glotis que se hincha, en el perímetro que rompe el iris, miro tus pies desnudos, en la concina, con enorme estupor, mientras fijan y chapapan el suelo, mientras mantienen abierto el espacio, aún viable, durante algún momento, antes de los nuevos, últimos derrumbes.

ES CIERTO QUE TE VEO Y QUE TÚ ME HABLAS, y que sabes reír, y no sé realmente cómo, hasta dónde eres capaz de reír, de hablar, y pienso que con un esfuerzo continuo, hecho al momento, agarrándome a los bordes de la mesa, puedo sonreír y yo también, puedo con naturalidad intercambiar contigo una sonrisa, solo me la tengo que construir, y hay que ser cauto al formarla, si me equivoco en la arruga puede que me salga algo oscuro y monstruoso, quizá lágrimas, y justo en las esquinas de los ojos, mientras tú querías solo reír, de hecho lo conseguías, como si tuvieras un mecanismo o solo hubieras adquirido una máquina y la accionaras continuamente, una resistente máquina de dientes, capaz de prolongar sonrisas durante días, y yo, sin embargo, falto de artificios, solo con mis fuerzas, pescando donde se puede un reflejo, un temblor, que actúe sobre los labios míos, sin desfigurarlos sobre todo, y después escucharte, porque si al menos pudiera escucharte, pero dentro de esta atenuación, como posado en el fondo de un sumergible, totalmente ensordecido por pequeños ruidos de mi desesperación, es difícil entender cada una de las palabras, o acordarse de cómo forman juntas una frase, esa que me estás diciendo, pero de todos estos estallidos, que me ensordecen y me desesperan, podría sacar una tremenda fuerza, como una alegría, y derramar muchas carcajadas, para saber invertir, conmutar, este trabajo, estos ruidos de cada momento, de cada instante.

Traducción de Berta González Saavedra

1.

Cara Reinserzione Culturale del Disoccupato,

che io sia malato, o che sia mai stato malato, o che possa
sotto i tuoi occhi, o i miei stessi, indossando quello che indosso,
(certe scarpe nere coi lacci)

ammalarmi,

lo reputo della più assodata
improbabilità.

Eppure esisto,

in questa svagata salute, ancora una volta,
facendo fede ai miei polpacci,
ai due calcagni, alle unghie che crescono,
io esisto: come la polvere, gli unguenti, gli armadi
da fare a pezzi e bruciare, i coperchi di latta
da lanciare in aria.

È di questa esistenza che ti potrei parlare,
della sua vaghezza,
ma oggi non me la sento, non così,

non con questa distanza
che nuovamente
senza sorriso
metti tra te e te.

2.

Cara Reinserzione Culturale del Disoccupato,

io ci terrei che il lavoro
quando riuscissi a trovarlo
(entrando all'improvviso con il foglio
di giornale ripiegato
magicamente sotto il braccio
e le parole dell'annuncio
tutte evidenziate, azzurre)

io vorrei che il lavoro stesso
trovasse me
e nella più agile e audace delle posizioni
di una prontezza spontanea
completamente sincera

io ci terrei che il lavoro
una volta trovato
trovasse intorno a me
quanto non può mancare
intorno al lavoro: una donna
– ad esempio – piuttosto giovane
con la quale io potessi spingermi a parlare

se io fossi in grado
di trovare una donna per parlare
per spingermi fin dove le parole
possano confonderci – lei e me –
oltre a tutto il lavoro

in modo che il lavoro
sia dalle parole interrotto
lavorando fino a smettere per poter
soltanto parlare
ben oltre tutto il lavoro possibile
e oltre il sonno il cibo i soldi
fino alle parole che io sarò in grado di dire
a lei soltanto – alla donna piuttosto giovane –
in questa scoperta del linguaggio

dopo il lavoro ci sarà un linguaggio
attraverso cui il lavoro stesso
non sarà più riconoscibile
e noi non saremo distrutti ma più belli

più confusi l'uno nell'altra
come gli ultimi parlanti

4.

Cara Reinserzione Culturale del Disoccupato,

le mie relazioni sociali esistono

posso stare tranquillo
quando mi capita di pensarci
nel loro insieme tutte quante
senza neppure soppesarle da vicino

le relazioni – mi dico – ci sono
ed è sufficiente questo: un pensiero
(l'insieme delle mie esistenti relazioni
sociali) e sono invaso
da un senso di tranquillità

e non le conto neppure non voglio
considerarle con eccessiva
precisione – sotto un aspetto globale
così è sufficiente: sono relazioni di società
tanto evidenti che esistono
tutte quante insieme
per la mia tranquillità

quando mi muovo con mezzi
pubblici di trasporto ad alta velocità o su auto
guidate da privati anche fortemente lanciate
lungo rettilinei d'autostrada o al di sopra
di morbidi tappeti di nuvole volando
anche non aprendo bocca guardando
assente fuori dall'oblò le mie
relazioni sociali perdurano intatte
come se il movimento il silenzio
la totale assenza d'intenzioni o ricordi
non potesse intaccare minimamente
la loro superficie globale come se
esse vivessero la loro esistenza
completamente al di fuori di me
in totale autonomia senza bisogno
della mia piccola agitazione nel mezzo
per esistere

7.

Cara Reinserzione Culturale del Disoccupato,

lo stare male, per me, non è mai stato un problema.
Quando c'è da stare male, sono in grado di farlo,
di stare male a lungo, ininterrottamente, senza
riserve. A Buenos Aires, una città fredda,
sono stato male per più di un anno, con qualche
breve interruzione al tramonto, e dopo cena, via,
si riprendeva. (E al porto, o al ristorante

seduto solo al tavolo, imparando a memoria
la breve frase della mia ordinazione: «sogliola
in salsa di cipolle rosse con riso bianco».)

Il difficile è il fisico. Avere
qualcosa di fisico. Tu lo sai,

le tempeste morali possono essere prolungate,
diversificate, accelerate a piacere.

Ma una gamba, non ce la si rompe ogni giorno.
È da anni che non mi rompo una gamba.
Salgo, scendo, m'infilo nei posti più impensati,
in certi vicoli, niente da fare.

È tutto un lavoro. Tutto un altro lavoro.

Ma volevo anche dirti:

il film che mi hai mandato a vedere,
o che ho creduto mi avessi mandato a vedere,
non ha una scena finale.

Questo può essere un messaggio.

Può esserlo? Dico,

per entrambi?

E soprattutto: siamo degli “entrambi”?

8.

Cara Reinserzione Culturale del Disoccupato,

se tu mi abbandonassi ora,
non saprei calcolarne il danno,
e non succederebbe nulla.

Se io invece
mi abbandonassi,

nessuno di noi si accorgerebbe
di cosa è cambiato, di come crescano
fertili i miei ragionamenti,
del perché io ancora ti scriva,
come a mendicare,
prigioniero delle mie guarigioni.

Sono guarito troppo, non faccio
che continuare, sotto i tuoi occhi, a guarire:

è per via di questa comprensione crescente
data dal rimbalzo
dei mie ragionamenti
contro il tuo
equanime riserbo.

(Quest'inutile guarigione dalle donne,
dalle bevute a progressione geometrica,
dai soldi, dal non aver più soldi,
dal non poter più riparare, comprare,
rompere vestiti, vasca, pavimenti,
e più guarisco, più gli anni passano,
con quest'accumulo di guarigioni
che mi lacera solo a guardare
una data, a guardarmi allo specchio.)

Se sollevo un cucchiaino o un bicchiere
è per ricordarmi che esiste l'equilibrio.
L'essere confusi, tramortiti,
non significa ignorare l'equilibrio.

(Il cucchiaino non è caduto, non si è neppure

visto, io equilibrato, le mani
in tasca, sdraiato per ore sul letto.)

9.

Cara Reinserzione Culturale del Disoccupato,

ti ho mentito, non sono mai stato
a Buenos Aires.

Non sopporterei, per altro,
una città dove qualcuno ha sofferto a lungo, inutilmente,
per un amore, continuando a sperare, ad elaborare
una storia parallela, favorevole a sé, come un calmante,
impegnandosi nei dettagli, come un letterato professionista,
e forse la letteratura nasce così, tutta la finzione che inonda il mondo,
è nata per riparare l'angoscia d'amore, e parare
lo strazio di quell'appuntamento concesso
dopo lunghe suppliche
e che sarà annientato,
perché anche camminando in lungo e in largo,
anche tenendo gli occhi fissi agli edifici,
anche sorseggiando come un agonizzante
una tazza di tè,
la persona non viene, non è venuta, non verrà,
non è possibile udirne la voce,
non è possibile riconoscerne il soprabito,
non è possibile niente.

Si è rimasti chiusi dentro una persona,
come sepolti vivi, e non se ne esce,
si pensa ad ogni congegno, si immaginano
piani, furberie, nefandezze, colpi di forza,
interi romanzi, con tanto di sapere specialistico,
tavole e stime, descrizione degli strumenti
e dei meccanismi, un'autoformazione
straordinaria, e vana,
che può durare anni. Un sapere vario,
multidisciplinare,
che non sposta di un millimetro
una pietruzza da terra.

14.

Cara Reinserzione Culturale del Disoccupato,

se io e te lo volessimo,
pur con le nostre forze, da soli, ma assieme,
veramente assieme
potremmo aprire:

– dico sul serio –

sai bene cosa ci stia attorno
che riguarda me, in modo persecutorio,
quasi ogni giorno, ma anche te,
la tua sottomissione, certo dipinta
da prudenza istituzionale, da coerenza,
magari con dottrina.

E invece basterebbe poco, anche contando
sulle nostre sole forze, un luogo adatto
lo si troverebbe facilmente (soffitto alto,
muri da ridipingere) e anche,
se servissero, le apparecchiature,
apriremo a tutti, ma in modo imprevisto,
saltando le presentazioni, gli annunci,
la raccolta preliminare dei fedeli, e dei fondi,
anche perché

senza alcuna dottrina

potremmo avere tutti i fondi

quasi senza forze, così soli, assieme,

potremmo avere margini di manovra talmente ampi

ma senza l'ostinazione, quella nostalgia,
o la faccia triste nella nuvola dei dettagli.

A meno ancora una volta
di voler seguire il piano, di stare tu,
aggrappata al documento, al rigo,
incapace di far altro
che annuire, e seguire come al cinema
le cose come vanno
(tutta chiusa, tu, e tutti gli altri,
in quel treno d'immagini).

NON STA SUCCEDENDO PIÙ NIENTE, non succede niente, non è mai successo niente, da miliardi di anni non succede, nella mia testa assolutamente niente, non potrà mai succedere, che sia dentro o fuori la mia testa, che sia sulla mia testa, come corona di polline, nube, monito immane, oppure intorno, sotto la mia testa, tra i piedi, come rametto, addome di vespa, tappo graffiato, neppure sotto i piedi succede niente, ancora niente, negli ossari, nella falde, nel buio minerale, per un sacco di tempo non succederà niente, niente di cui si possa dire è successo, è successa una cosa, una stupidissima cosa, un b, un b piccolo, anche la metà, anche niente, per errore, fosse pure per errore non succederà mai, nei giornali, ogni giorno, lo ammettono, dentro e fuori le righe, nei laboratori lo confermano, nel mezzo del massacro, se ti chini su quello, proprio riverso, affumicato in faccia, a cui stai per cavare il cuore, lui pure te lo sibila, nonostante la nostra professionale distruzione, dice, neanche sotto le bombe, nelle macerie, accade molto più di niente.

NON CI PENSO PER ORA ALLA FINE DEL MONDO, non ne parlerò adesso, non subito, che comunque avverrà, anzi avviene, ma remotissima, con schianti violenti su certi fondali, o il millimetro, quel millimetro di più o di meno, d'acqua, uranio, o ghiaccio, anidride, o qualsiasi cosa, che cambia tutto, azzera infallibilmente il bosco, polverizza il sistema nervoso, annienta occhi, ali, larve, o come il godimento della luce, se venisse meno il godimento della luce, di quando entra di traverso, a ondate ininterrotte, la mattina, anche dalla finestra quadrata e piccola del bagno, se mancasse quella reazione animale, o semplicemente di foglia, quel transito vegetale al calore, ma non ci penso, per ora, all'epidemia, alla glottide che gonfia, al perimetro che smaglia dell'iride, guardo i tuoi piedi nudi, in cucina, con enorme meraviglia, mentre fissano e placano il pavimento, mentre tengono divaricato lo spazio, ancora percorribile, per qualche attimo, prima dei nuovi, ultimi crolli.

CERTO CHE TI VEDO E TU MI PARLI, e che sai ridere, e non so davvero come, fino a dove riesci a ridere, e a parlare, e penso anche che con uno sforzo continuo, fatto subito, afferrandomi ai bordi del tavolo, posso sorridere anch'io, posso con naturalezza ricambiarti un sorriso, è solo che me lo devo costruire, e bisogna essere cauti a formarlo, se sbaglio la piega, viene fuori magari qualcosa di buio e mostruoso, o magari delle lacrime, e proprio agli angoli degli occhi, mentre tu volevi solo ridere, anzi ci riuscivi, quasi avessi un meccanismo interno, o solo acquistato una macchina, e di continuo la azionassi, una resistente macchina di denti, tale da prolungare sorrisi per giorni, e io invece privo di artifici, con le mie sole forze, pescando dove possibile un riflesso, un tremito, che agisca sulle labbra mie, senza sfigurarle soprattutto, e poi ascoltarti, che se riuscissi almeno ad ascoltarti, ma dentro questo attutimento, come posato in fondo al sommergibile, tutto assordato dai piccoli rumori della mia disperazione, è difficile capire le singole parole, o ricordarsi di come fanno assieme una frase, quella che mi stai dicendo, ma da tutti questi schianti, che mi rendono così sordo e disperato, potrei trarre una tremenda forza, come una gioia, e rovesciare molte risate, a sapere invertire, commutare, questo lavoro, questi rumori di ogni punto, di ogni istante.